

Una foto vieja

De casualidad revisando en los cajones del ropero me encontré una foto de hace más de diez años, donde la vida me sonreía de otra manera. Me provocó una catarata de recuerdos, de algunos momentos lindos y otros tristes. No sé por qué había olvidado que esta foto estaba acá, no recuerdo cuando la guardé aquí. Pero la debí guardar por algo...

Con la foto en la mano, me siento en el sillón que da a la vieja estufa de leña. La miro como si me hubiera olvidado los detalles. Y descubro nuevos detalles... Me pregunto si son detalles olvidados o es que hoy estoy redescubriendo nuevos aspectos en este acto contra la tristeza y el olvido. No lo sé. No sé si quiero pensar en eso, meterme en esa profundidad de dolores agudos que se me perpetuaron como manchas en la piel.

Son las diez de la noche, es sábado y la soledad me pesa. Miro la foto y de pronto tengo la sensación de que me pesara el doble, es como si un huracán de emociones se atrincherara en mi pecho haciéndome daño en demasía. Más de lo que tengo ganas de soportar. ¿Acaso esta foto es lo único que tengo de vos? ¿Acaso no me quedó nada más?

Voy hasta la cocina, me sirvo un whisky con hielo... vuelvo al sillón. La foto está sobre la mesa, como si tuviera vida, como si me mirara... como si vos me miraras, con esos ojos azules, penetrantes, saltones, llenos de gracia. Esos ojos... mi dios... que ojazos, nunca vi una mirada con tanta fuerza como la tuya, con tanta intensidad, con tanto lenguaje, con tantas palabras no dichas y con tanto miedo.

No recuerdo nada de esta foto. Ni cuándo la sacamos, ni dónde, ni en qué situación. Sí recuerdo, y lo recuerdo perfectamente... esa noche en que discutimos, que nos dijimos las cosas más hirientes, las cosas más dañinas. Puñales oxidados entraron en nuestros corazones. Después de esa noche no había vuelta atrás. Los dos lo supimos en ese mismo momento en que nos tiramos con todo, con toda la podredumbre que teníamos anidada en nuestro interior. Palabras no dichas, actos no aclarados. Cada desconfianza inauguraba una nueva desconfianza. Fue letal.

No supe qué hacer esa noche que abriste esa puerta y te fuiste. Me dejaste solo. Me quedé solo. Tan solo como hoy estoy desde ese día. Lo peor, es que no sé si dejé de quererte. Aprendí a sobrevivir sin vos, aprendí a que tus recuerdos no me hicieran tanto daño. Pero hoy, veo esta foto, y me desbarranco de nuevo, como un auto en caída libre al precipicio.

No sabés las veces que me perdí caminando por ahí, buscándote en el ruido y en el silencio, en las horas mustias, desalmadas, de tristeza relampagueante y obtusas alegrías.

Me perdí tantas veces buscándote cuando el sol se había ido, cuando llegaba la noche, cuando se notaba tu ausencia y no lo podía soportar y quería morirme. Así, literalmente. Esos dolores son los peores.

Cuántas veces me perdí buscándote, como si los dos fuéramos fantasmas que no se pueden encontrar, yo deambulando por cementerios y vos por ciudades muertas. Alejados, sin tocarnos, sin sentir la respiración del otro cerca.

A veces, muchas veces, pensé en los sueños compartidos. Y cómo cada uno de esos sueños se fueron desvaneciendo, se fueron reemplazando por un hueco de puro dolor.

Estoy convencido, me digo mientras bebo un segundo whisky y el tono intimista me llega hasta lo más hondo, que hay dos o tres momentos en la vida que uno nunca olvida. Nunca. Por más que el mundo se desplome y uno tenga que seguir en otro ritmo, en otro camino, en otra senda sin luz. Ahora, escucho en la radio la música de un violín y es como si fuera una sensación que me asfixia, que no soporto. Me conecta con las tristezas del tiempo pasado. Lo sentís... ¿escuchás...? su música es como si rompiera el viento, como si azotara la tristeza...

Agarro la foto... la vuelvo a mirar detenidamente para recordarla todo el tiempo que más pueda, la tiro a la estufa, y reaviva el fuego que estaba a punto de apagarse.